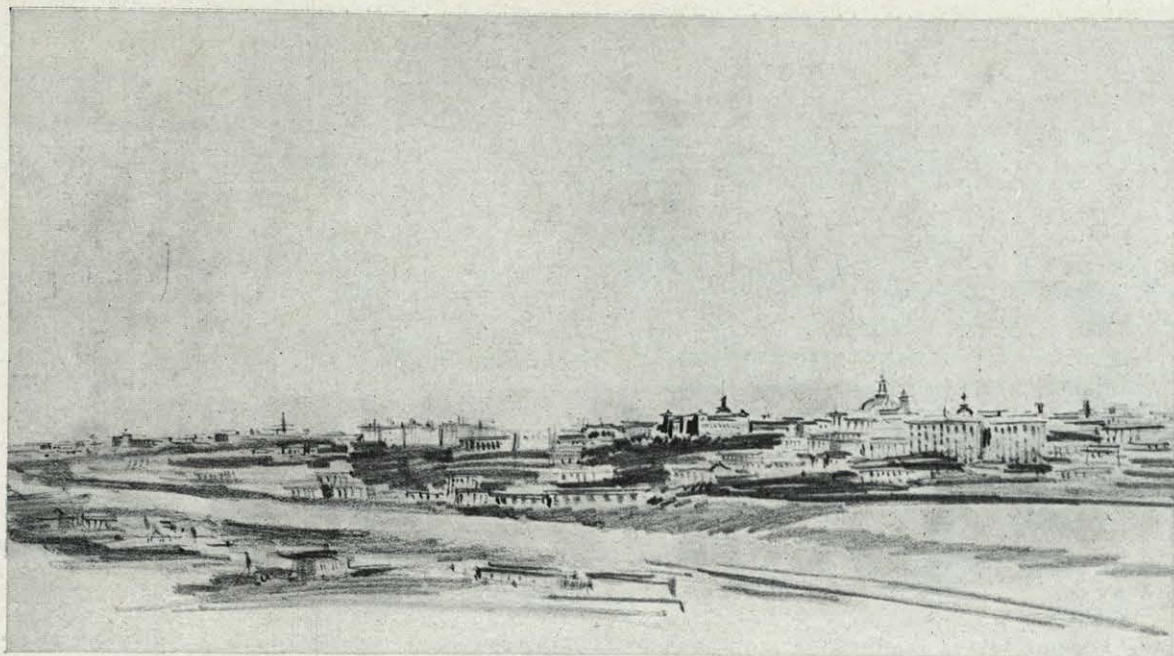


Figura 1.—Apunte de Madrid desde el Manzanares.



NOTAS DE VIAJE

ALGO SOBRE CONJUNTOS DE POBLADOS

Por F. INIGUEZ, Arquitecto

Aunque para muchos quizá sean trasnochadas las ideas de estética, pueden ser para otros interesantes, razón que vale la disculpa para todos y que es suficiente para publicar unos cuantos apuntes de viaje recogidos en distintas fechas y lugares.

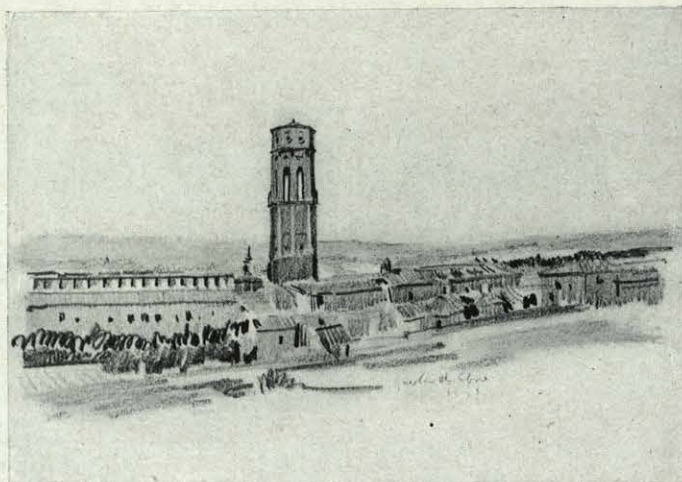
Estas notas son todas de conjuntos de poblados, con siluetas de lo más diverso, normales y corrientes las unas, resultante del hacinamiento de casas, al lado unas de las demás, sin orden ni concierto en su agrupación. Otras, por el contrario, distribuyen sus masas con tal ponderación y acierto, que dan base a la idea de una dirección ordenadora, presidiendo su edificación, que de hecho no existió en el conjunto, aunque no cabe dudar influyó en muchos casos y no menos ocasiones, en las cuales eligió lugar de emplazamiento y forma exterior de acuerdo con él, para el edificio fundamental que domina y da carácter a la silueta toda. Ejemplos son Segovia y Salamanca, con sus catedrales dominando el conjunto, ya edificado en su mayor parte cuando se

alzaron ellas. Otro ejemplo, a la inversa, de ciudad trazada para un edificio, es Santiago de Compostela, donde todo, calles y edificios, obedecen a la catedral; pero este caso y otros muchos entran en otro orden de ideas, sobre trazados de poblaciones; tema muy estudiado y nunca agotado de estética urbanística que no estoy en condiciones de desarrollar y que no afecta, en general, al aspecto externo del conjunto, que es objeto de estas líneas.

Y en este aspecto externo, en esta silueta, son muchos los factores que intervienen, desde la naturaleza del suelo, o su forma, edificios dominantes y relaciones entre edificios o edificios y suelo, hasta estilos, materiales y clima: es decir, todos los que intervienen en un edificio solo, más los derivados de las relaciones de agrupación.

De todos, son los menos importantes para la silueta en sí los estilos y materiales; los primeros porque es infrecuente, aunque existe, el caso de un poblado de estilo único, y su influencia, en general, se reduce a los re-

Figura 2.—Silueta de Rueda de Ebro (Zaragoza).



mates picudos, retorcidos o chatos de uno o más edificios, que si bien imponen carácter distintivo, no influyen de modo formal en la disposición del conjunto. Los materiales son esenciales en cuanto al color; por el contrario, pierden interés si el color se deja aparte; que una casa con tejado tendrá la

misma forma general, se ejecute en barro o piedra.

Es más decisivo el clima, ya afecte a forma y tamaño de huecos, desde la solana a la ventana menuda, como un mechinal, ya a lo que es más fundamental aún, a la disposición de cubiertas, variando desde los

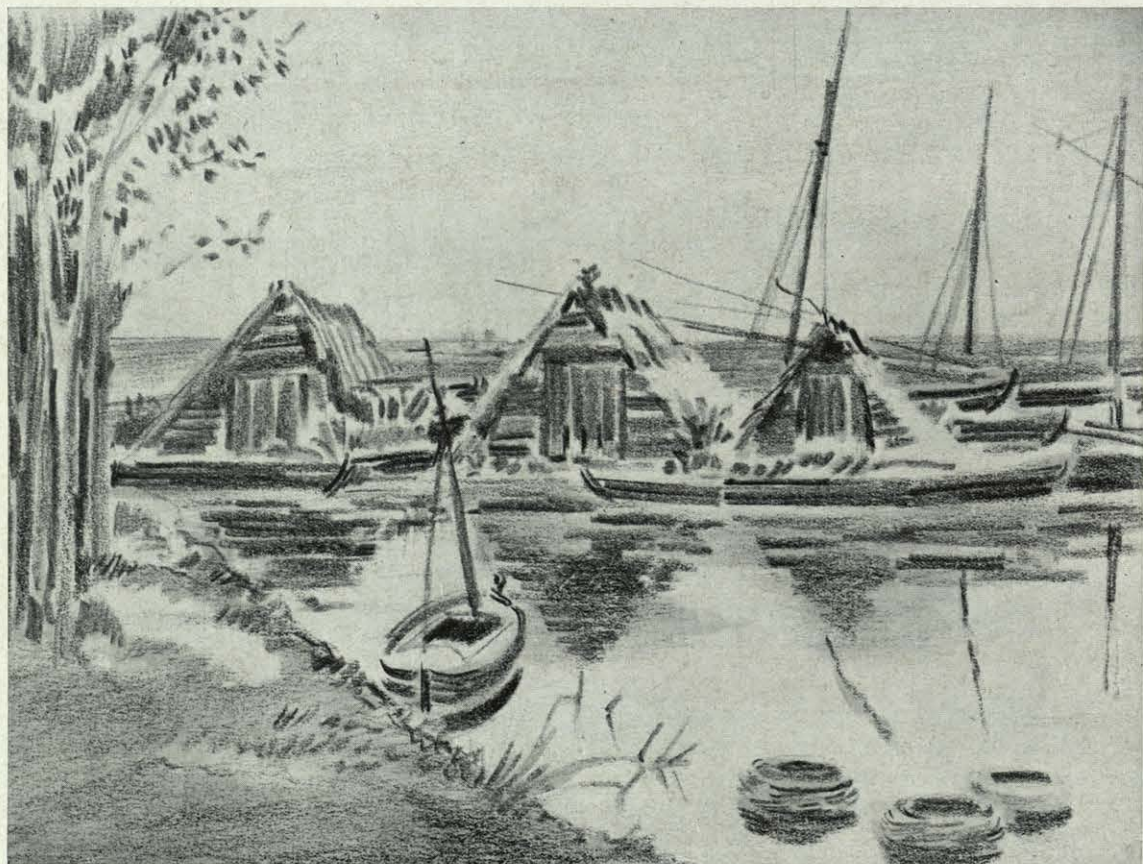


Figura 3.—Un trozo de la Albufera, de Valencia.

Figura 4.—Palma de Mallorca.

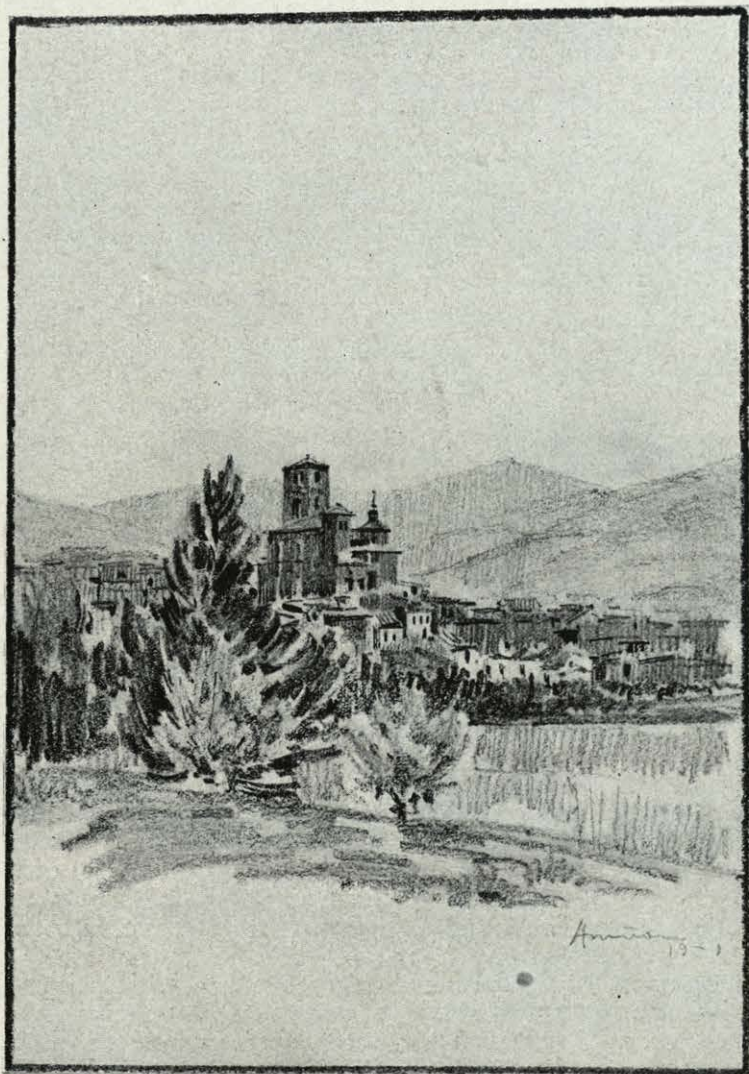
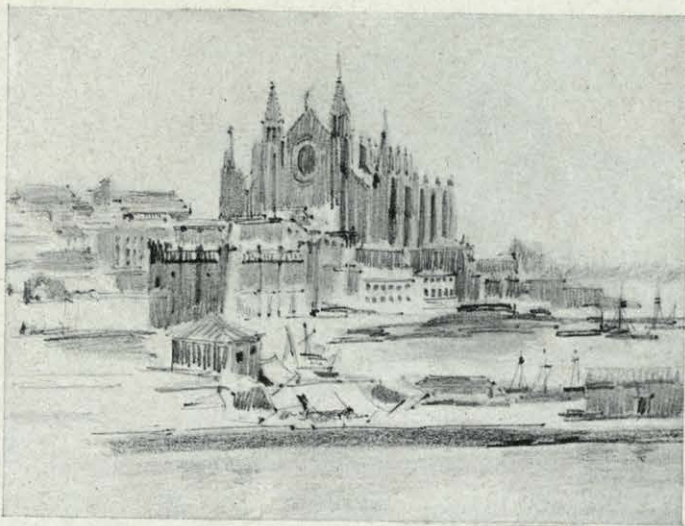
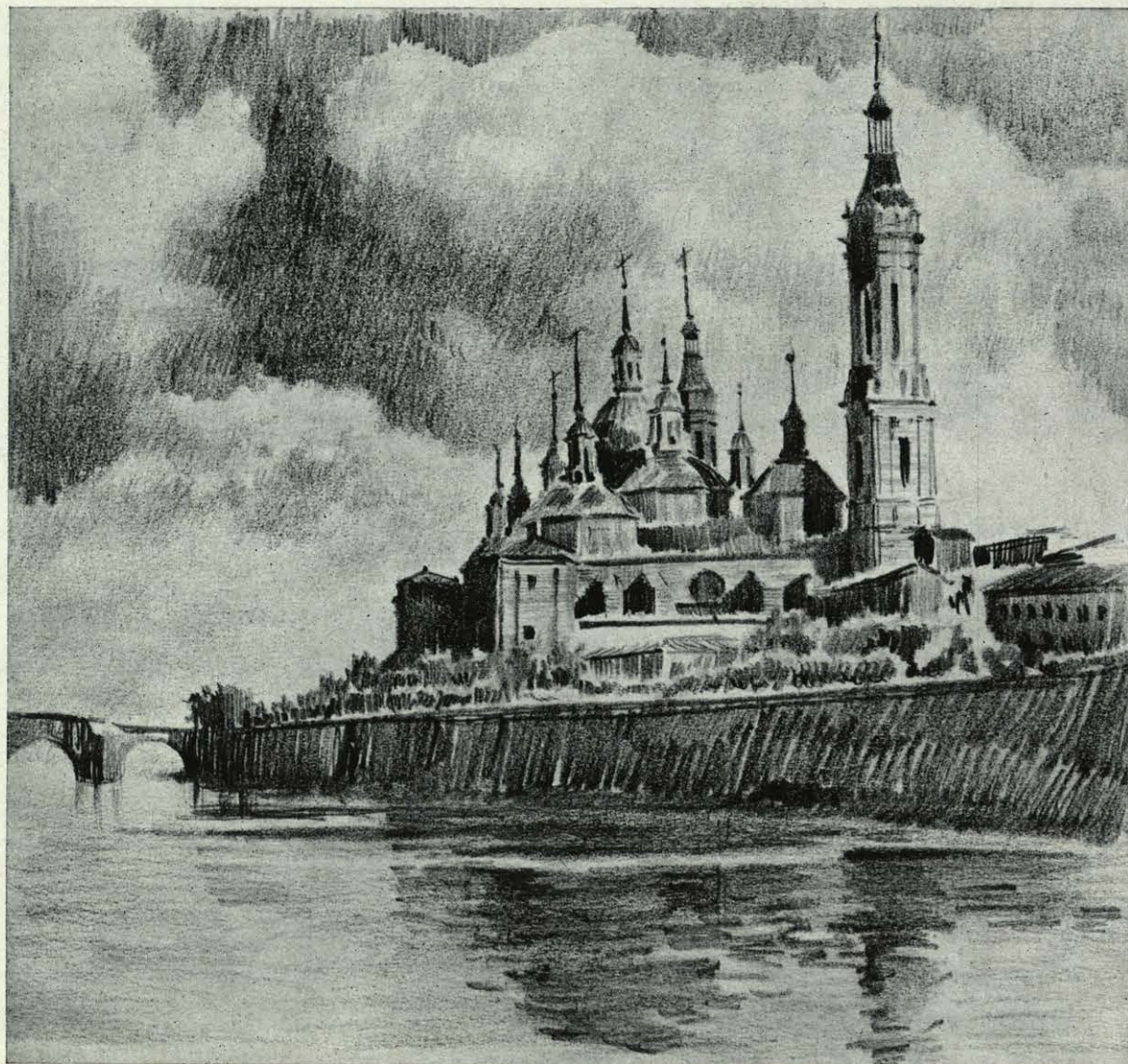


Figura 5.—Silueta general de Aníñón (Zaragoza).

Figura 6.—El templo de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, desde el Ebro.



poblados del mar, con terrazas, hasta los de la montaña del Pirineo, de puntiagudas cubiertas con enormes chimeneas, que en fuerza de ser grandes parece ocupan más lugar que las casas.

Pero todas estas formas de edificios sueltos se adaptan y completan con la del suelo donde están asentados, y en el suelo afectan, al elevarse, las definitivas, más eficaces para el conjunto, variando por entero de estar emplazados en lo alto de un montículo a ocupar el llano, y desde las disposiciones más movidas a las monótonas de línea seguida. Por esto se ha dicho repetidas veces que los pueblos de llano y las grandes poblaciones, que absorben las diferencias de nivel, por grandes que sean, no tienen silueta, cosa que desde luego no es exacta;

lo que no es, ni puede ser, es silueta movida, pero puede ser tan característica como la más accidentada.

Un ejemplo es Madrid. Su silueta es la línea seguida, que le presta la recta de su zona más elevada, cortada sólo por los picos, medio perdidos entre su enorme masa, de las iglesias y rascacielos últimamente construidos. Pero desde cualquier punto del Manzanares (Fig. 1) y sin perder su recta invariable, tiene un carácter rotundo y grato por los perfiles parciales de Palacio, el Seminario y la cúpula de San Francisco el Grande.

En poblados pequeños, un edificio basta para romper la línea seguida; en muchos es suficiente una torre, como sucede en el de Rueda de Ebro (Fig. 2), por ejemplo, de as-



Figura 7.—Aspecto parcial de Ateca (Zaragoza) desde la plaza.

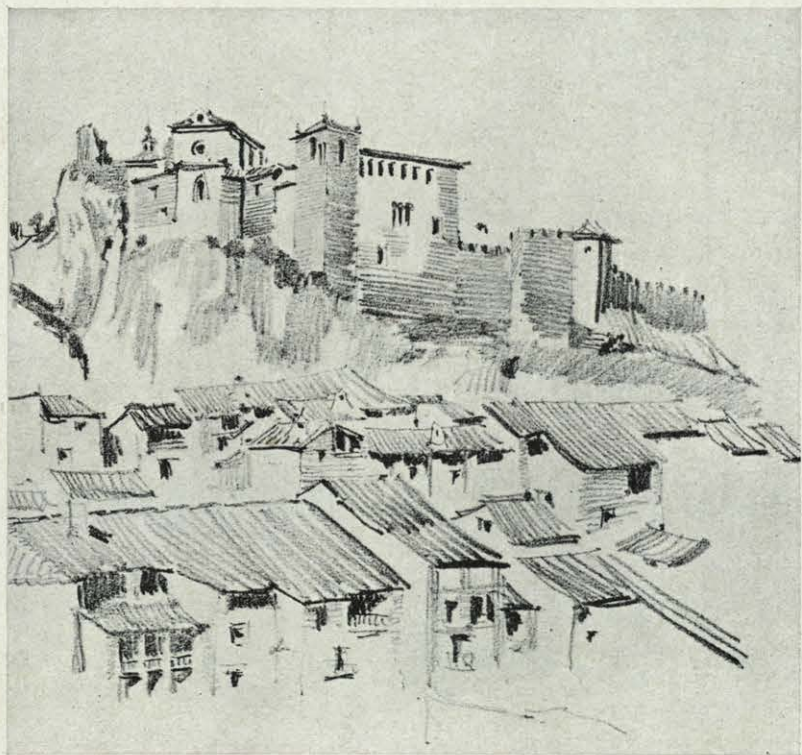


Figura 8.—Conjunto de Alquézar (Huesca).

Figura 9.—Conjunto de Toledo desde el Tajo.

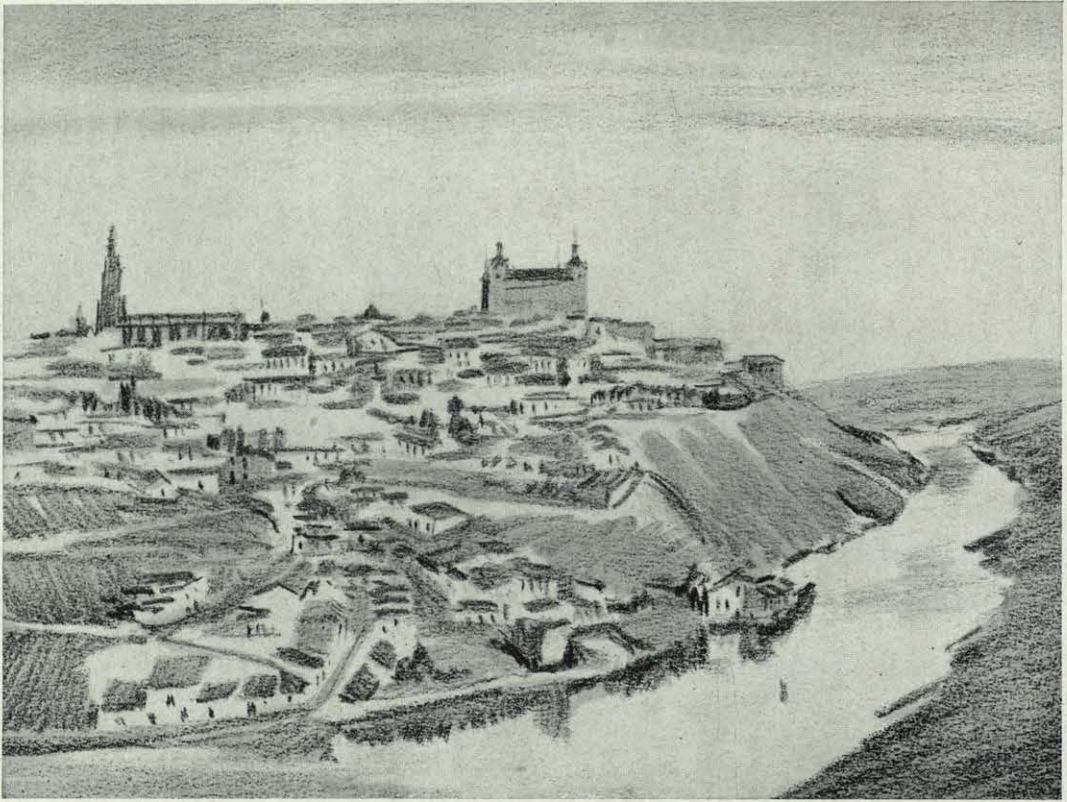


Figura 10.—Apunte de Burgo de Osma (Soria). Vista parcial desde la cruz de entrada.

pecto de T invertida, formada por las casas chatas, de barro, y la torre aragonesa, altísima y fuerte.

Otras veces son las casas mismas, como las líneas de sierra de los poblados valencianos de barracas alineadas en grupito, pues no llega a pueblo (Fig. 3). Pero éste y otros más, desde luego abundantísimos, sólo pueden darse en los de número pequeño de casas. Es más frecuente el caso anterior, de edificio dominante, que impone su silue-

ta, como el citado de Rueda; aplasta, por decirlo así, con su masa a todo el resto (figuras 4 y 5), imprime forma rotunda o simplemente da carácter específico.

Para el primer caso de formar la silueta, es preciso que el edificio la tenga y que se alce en lugar adecuado, en la parte más destacada desde el lugar donde se mire, o en la zona más alta. Así es difícil que ningún edificio tenga silueta más movida y hermosa en su barroquismo que el templo del

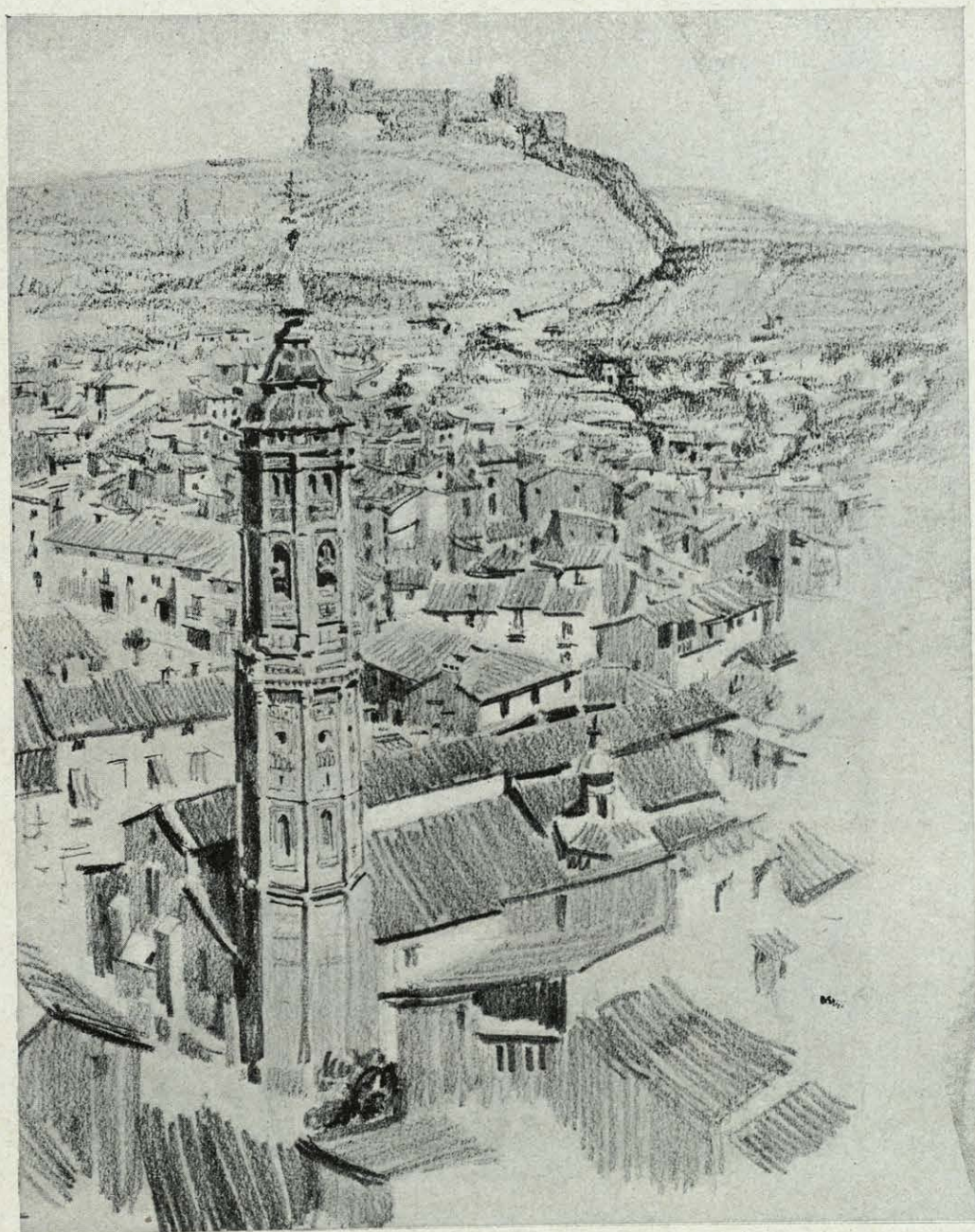


Fig. 11.—Aspecto parcial de Calatayud (Zaragoza), desde la torre de la iglesia de Santa María.

Figura 13.—Conjunto de Fuentes de Jiloca (Zaragoza).

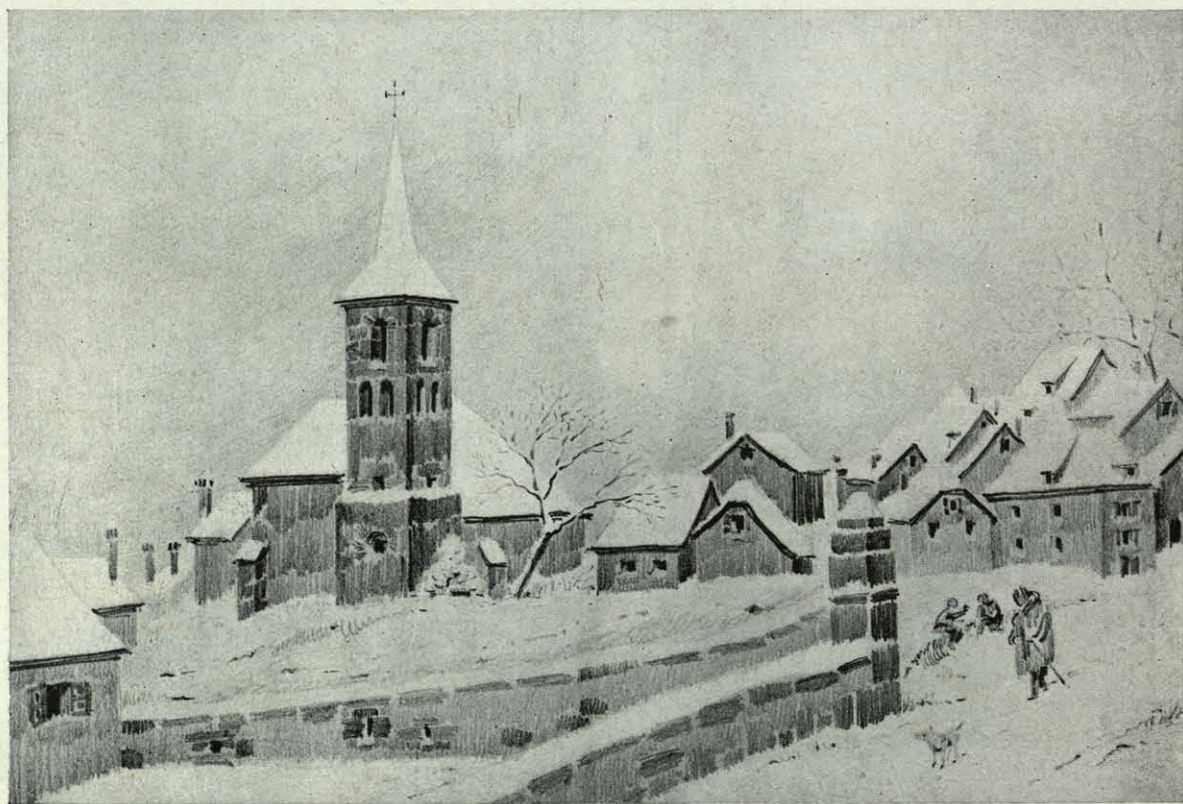
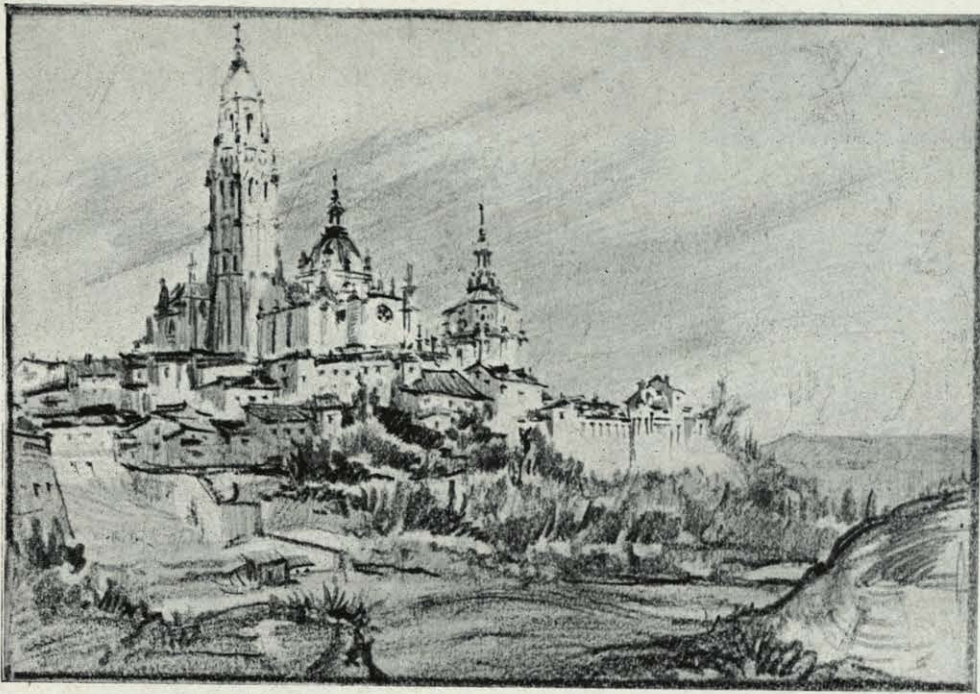


Figura 12.—El pueblo de Panticosa (Huesca).

Figura 15.—Segovia, desde el Alcázar.



Pilar de Zaragoza, y, sin embargo, tan sólo desde el Ebro imprime silueta (Fig. 6) al conjunto de la ciudad. Otras, por el contrario, de mucha menor importancia, aun relativa, prestan forma y carácter (Figs. 7 y 8), hasta el punto de que, en la última, la colegiata de Alquizar hace desaparecer al pueblo entero, relegándolo a un segundo término sin importancia. Estos dos últimos ejemplos no

pueden tomarse como poblados de llano, pues ya la línea recta se ha roto y lo típico de ellos en ella reside; su esquema puede ser un trazo unido o, a lo más, con una mole o una línea que de él se levanta, acusando una fortaleza (pueblos del campo de Muñó, en Burgos), una iglesia (caso normal) o una altísima torre, que cuando se repite transforma el esquema en otro cuya carica-

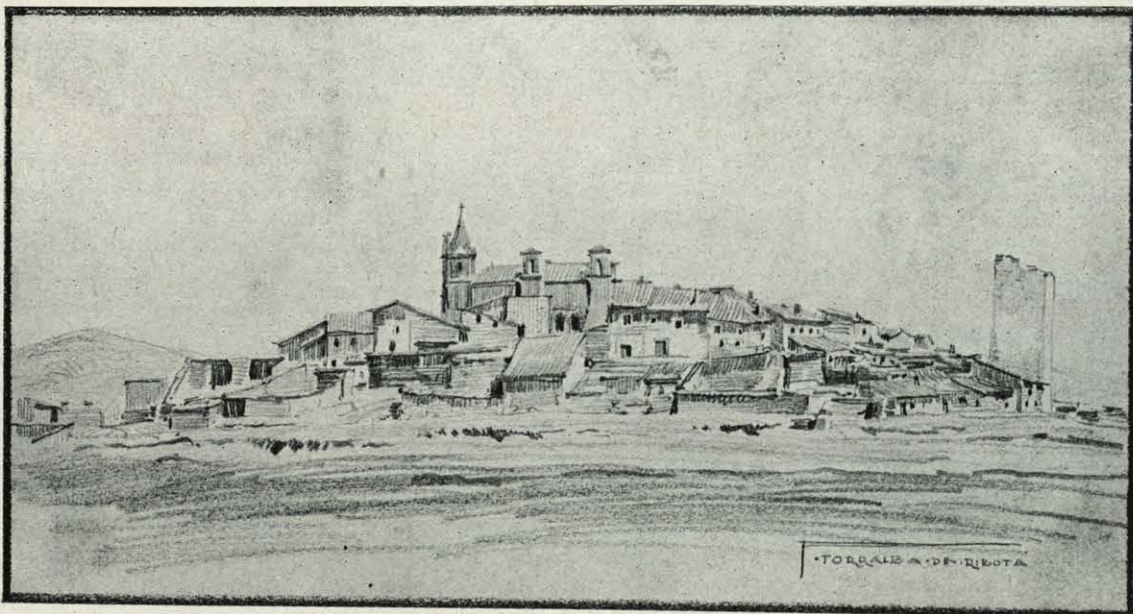
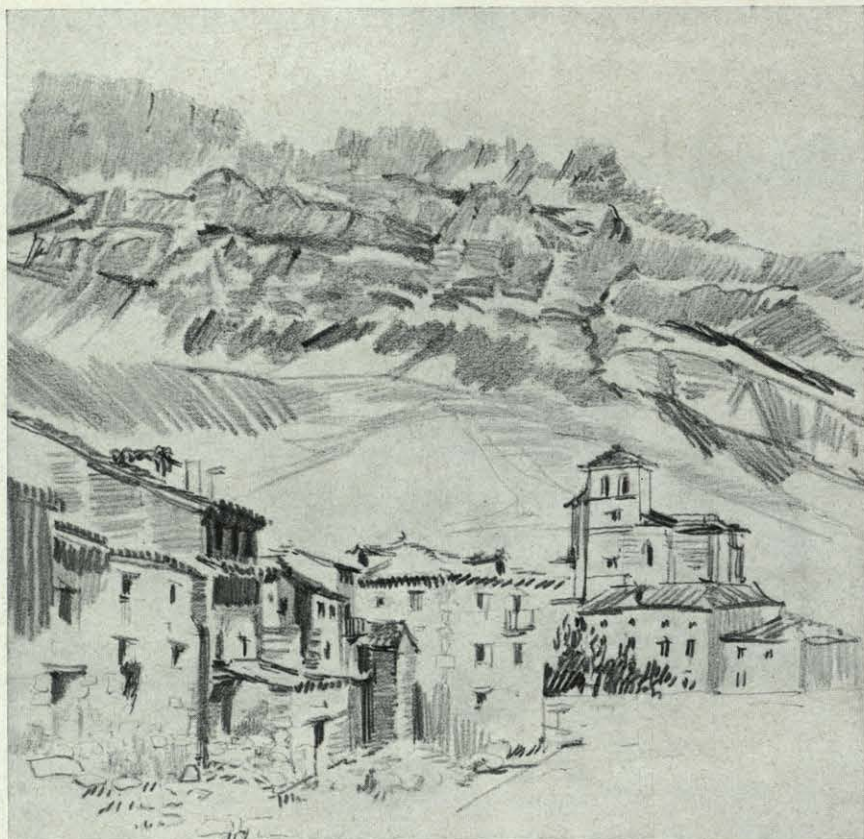


Figura 14.—Conjunto de Torralba de Ribota (Zaragoza).

Figura 17.—Aspecto de Pancorbo (Burgos).



tura es un peine con muchas púas rotas y lanzadas al aire las pocas que restan en su sitio, como Calatayud es, visto desde la ladera del castillo.

En cuanto a edificios que sin definir silueta prestan carácter, hemos visto ya el ejemplo de Madrid, como ciudad de llano; más típico aún es Toledo con su Alcázar, pequeño en la masa total, pero tan destacado y firme que hace indudable la silueta (Fig. 9), a pesar de lo extenso del resto, de la catedral, más importante, pero menos destacada, y de lo abrupto de la línea general.

Influyendo sobremanera en el conjunto, pero con más carácter de tal que de edificio, figuran las murallas, que definen con precisión las poblaciones que aún las conservan; el ejemplo más típico y conocido es Avila, pero los hay igualmente rotundos, aunque sean menos conocidos, como son Rello (Soria) y Palazuelos (Guadalajara), entre otros muchos, de perfil seco, más adusto porque no tienen almenas que suavicen el corte de los muros.

La muralla se anima cuando va acompañada del elemento de estructura opuesta, de una torre, por ejemplo; así son movidas y

gratas las siluetas de Burgo de Osma (figura 10) y Calatayud (Fig. 11), necesitando el último de toda la gracia de su castillo y su magnífica torre de San Andrés, para relegar a segundo plano la infesta multitud de casuchas de su morería.

Y como ejemplo de conjunto de casas picudas de la montaña, animadas por una torre no menos picuda, valga el pueblo de Panticosa (Fig. 12).

El otro tipo de pueblo en montículo es el más animado y gracioso. Nace de la agrupación de viviendas en derredor de un castillo o de una iglesia alzada en lo alto, más próximas cuanto más viejas, avanzando por anillos consecutivos en la ladera y bajando más cuanto mayor es el pueblo.

La causa de esta formación es el agregado al núcleo fundamental, pero sin duda intervienen otras causas, para mí desconocidas, de costumbres locales y de lugares más o menos ocultos o fuertes: razones defensivas o atávicas en las que para nada entra la comodidad. El hecho es que en el corazón de Castilla la disposición frecuente es alzar el poblado en la falda de un cerro con el castillo o la iglesia en alto; por el

contrario, en Aragón es preciso descender al Ebro para ver pueblos en llano; allí se busca expresamente el lugar más alto de emplazamiento, aunque haya que elegirlo del modo más difícil, por ser llano cuanto lo rodea. Es curioso que en un documento extendido muy luego de la conquista de Daroca (Zaragoza), se da la razón de ocupar el pueblo lo hondo de una cañada, por respetar las viviendas **de moros**, edificadas en alto, en unas cuevas **como suelen**, y apartar de ellas el barrio cristiano. Da este documento otra razón de ser de unos poblados aragoneses sin silueta; pueblos troglodíticos de cuevas fabricadas en el suelo, aprovechando pequeñísimos desniveles, tan menudos que no bastan para alojar la casa y hacen necesario bajar a su puerta por una escalera hecha en la misma tierra. El aspecto de estos poblados es simplemente el suelo limpio con unas entradas a modo de madrigueras y sembrado de chimeneas que nacen de la tierra; su zona es una parte del campo de Cariñena, que llega hasta la vía de Zaragoza, en Salillas, junto a Calatorao.

Volviendo al tema del núcleo en alto, y aparte la razón defensiva del castillo, hay otra ideológica de la iglesia elevada, protegiendo las casas que se sitúan a sus pies. Este motivo de iglesias en altura está extendidísimo y aun influyen en él las dedicaciones de los templos; por ejemplo, si en un pueblo hay varios, el más alto debe siempre ser el de San Miguel, gran patrono desde los primeros tiempos de la Reconquista, como Príncipe de los Ejércitos celestiales.

Muchas veces el castillo dejó de ser útil y

sobre sus mismos cimientos se edificó la iglesia, como en Fuentes de Jiloca (Fig. 13), entre otros mil.

Otras, la propia iglesia se encastilla, fortificada con torres y cañones de ronda más o menos ocultos. De este grupo es curiosa la serie de iglesias que nacen en Aragón a raíz de las guerras de Pedro "el Ceremonioso", de Aragón, y Pedro "el Cruel", de Castilla; se elevan todas sobre las ruinas de la guerra y todas se fortifican en previsión de nuevos destrozos. Torralba de Ribota, por ejemplo (Fig. 14), es una de las que han llegado más completas, apiñando a su pie el pueblo apretadísimo, que no conserva más que una torre de su viejo recinto, inútil para el anterior asedio.

Saltemos ahora desde este ejemplo modestísimo a una de las siluetas más grandiosas de nuestras poblaciones, Segovia (figura 15), con su catedral de forma y situación cuidadísima y elegida con todo cariño por sus sucesivos arquitectos, que van labrando torres y cúpulas.

Otra, por el contrario, es casual; es una de las infinitas de Cuenca (Fig. 16), de casas adosadas unas a otras y engarzadas en su naturaleza deliciosa.

Por fin, Pancorbo es el último ejemplo elegido de pueblo de montaña que se edifica en bajo (Fig. 17), despreciando las alturas que tan a mano tiene, al contrario de lo expuesto sobre otros pueblos, escudriñadores de alturas para situaciones posibles. Con él terminamos estos apuntes, que glosan siluetas, sin más intención que exponer aspectos de nuestra riqueza monumental.



Figura 16.—Apunte parcial de Cuenca, desde el río.